



**DÍAZ, Vicente (2024): *Terminator: El libro del 40 Aniversario*. Madrid: Notorious Ediciones, 184 páginas. ISBN: 978-84-10247-23-9.**

Por Marcos Rafael Cañas Pelayo  
Profesor de Geografía e Historia en el  
IES Fidiana (Córdoba)  
[capemarcos@hotmail.com](mailto:capemarcos@hotmail.com)

Tradicionalmente asociada al cine de corte más clásico, Notorious Ediciones está apostando por ampliar sus horizontes de libros conmemorativos sobre aniversarios de filmes emblemáticos. Por ejemplo, hemos podido encontrar un tributo a *Pulp Fiction* por su trigésimo

cumpleaños de estreno, además de la reciente *Terminator: El libro del 40 aniversario*, obra de Vicente Díaz.

Una excelente noticia que permite a estas piezas literarias de cuidada elaboración expandir su rango de público, además de adentrarse con mayor facilidad en campos como la ciencia ficción. O, mejor dicho, tal y como el autor demuestra de manera clara: *Terminator* (1984) se erige en un hábil ejercicio ecléctico de robots y el tan popularizado *slasher*, con Linda Hamilton en el papel de *Final Girl* en el proceso (pág. 11).

Previamente, en España habíamos podido disfrutar de *Terminator: El imperio de Skynet* (2018), obra coordinada por Miguel Díaz González, un completo repaso a la franquicia creada por James Cameron y que llegó en su revisión hasta *Terminator Génesis* (2015), únicamente escapando de sus redes la controvertida *Terminator: Dark Fate* (2019) y la reciente versión *anime Terminator Zero* (2024), estrenada en una plataforma tan popular como Netflix. Sea como fuere, es bienvenido en el corpus bibliográfico sobre esta distopía una monografía que se centre con todo lujo de detalles en un rodaje repleto de leyendas urbanas y que terminó de consagrar la incipiente

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2024.34.1-2.693-696>

Copyright © 2024 Rafael Cañas Pelayo

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2024. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

carrera del culturista Arnold Schwarzenegger, ya apreciado en taquilla por su papel protagonista en *Conan el Bárbaro* (1982).

Como el autor explica en las primeras páginas de la minuciosa reconstrucción que lleva a cabo, el punto de arranque fundacional de esta mitología de lágrimas de metal surge de los recuerdos de Cameron alrededor de una angustiada pesadilla en un hotel romano donde observaba el rostro de un robot derritiéndose. Frustrado por su falta de independencia en *Piraña 2: Los vampiros del mar* (1981), el meritorio Cameron quería evitar en el futuro volver a sufrir las intromisiones de ejecutivos como Ovidio G. Assonitis. Acompañado de una discípula aventajada de Roger Corman como Gale Anne Hurd, el joven realizador brindó gran energía para una propuesta que traspasaría sus ribetes iniciales de serie B para erigirse como una película de culto.

El trabajo incide en la serie de azares que llevaron a Arnold Schwarzenegger a convertirse en el T-800, una de las pesadillas robóticas más impactantes en la ciencia ficción del pasado siglo. Desde su bucólico pueblo de Thal, en su Austria natal, el futuro gobernador de California iría forjando una carrera como culturista que le habilitó a convertirse en la

personificación del gran héroe de Robert E. Howard: Conan el Bárbaro. Como Vicente Díaz acierta a señalar, si bien es tentador creer en la leyenda alimentada por la docuserie *Arnold* (2023), estrenada en Netflix, sus inicios fueron realmente duros con un progenitor severo y estricto que había militado en las filas del III Reich. Debido a las presiones de Dino de Laurentiis para filmar la secuela de Conan, Cameron tuvo que retrasar su *Terminator*, consciente ya a esas alturas de que el largometraje no sería lo mismo sin aquella poderosa presencia.

Irónicamente, las primeras negociaciones postularon a Schwarzenegger como un improbable Kyle Reese, si bien la sensatez terminaría imperando para que el austriaco ejerciera el rol de máquina de matar programada por Skynet y Michael Biehn, un actor poco conocido y que encarnaba un tipo de masculinidad más sensible, resultaría un acierto de *casting* como el enviado por John Connor para salvar a su madre Sarah en el pasado.

Licenciado en Comunicación Audiovisual y redactor prolífico de la cultura pop, Vicente Díaz acierta al expandir su análisis no solamente a las figuras más reconocibles (Linda Hamilton, Schwarzenegger, el propio Cameron, etc.), también dedica un

capítulo completo a un maestro artesano de los efectos especiales como fue Stan Winston (págs. 78-91), un genio en su oficio sin el que hubieran sido imposibles los logrados maquillajes que permitieron a la cinta de 1984 infundir un auténtico terror a través del rostro y las heridas de guerra sufridas por el T-800 en su cacería por la ciudad de Los Ángeles, convertida en un laberinto urbano oscuro y peligroso para la persona individual.

Indiscutiblemente, *Terminator* marcó un verdadero punto de inflexión en la destreza a la hora de incorporar a los animatrónicos. De forma interesante, como apunta el estudio, el miedo que la audiencia de los ochenta tuvo a la figura del robot todopoderoso es ahora trasladado al propio concepto de Skynet, donde Cameron y Hurd fueron inesperados visionarios al advertir de los riesgos del abuso de la inteligencia artificial.

Más allá del minucioso repaso de la historia, ya más o menos conocida, del célebre largometraje, una de las principales tesis manejadas por Vicente Díaz radica en algunos tópicos vertidos para analizar esta obra: «*Terminator* es frecuentemente calificada como una “película de efectos”, y no pocas veces resulta ninguneada por eso. Como se ha repetido hasta la saciedad en este libro, en realidad se trata de un film más bien

barato, así que no es una de esas epopeyas de efectos especiales y realidades virtuales a las que se ha entregado James Cameron en tiempos recientes» (pág. 92).

Verdaderamente, más que un despliegue fastuoso de tecnología punta por un presupuesto elevado, la odisea de los Connor coloca sus cimientos sobre el carisma de sus personajes, particularmente Sarah, y una habilidad técnica nada desdeñable a la que se suma un notable oficio artesano a la hora de emplear la técnica del *stop motion* como pocas veces se había visto con anterioridad.

Esta obra del cuadragésimo aniversario de una historia destinada a perdurar incide en un hecho sumamente llamativo: en ninguna de las dos primeras películas de Cameron tenemos acceso a los pensamientos de Skynet o ver cómo ordena a sus T-800 lanzarse a conquistar el futuro desde el pasado. En ese sentido, tal vez el texto podría haber incidido más en la influencia que tuvieron los cómics Marvel para el director, especialmente la saga *Días del futuro pasado* a cargo de Chris Claremont y John Byrne, un hito del noveno arte, incluyendo las burbujas protectoras que impiden a los viajeros temporales quedar empalados al materializarse en lugares

incómodos, una de las pesadillas del mutante Rondador Nocturno.

Si bien se le dedican también interesantes y detallados epígrafes, tal vez Notorious debería barajar en el futuro que Vicente Díaz redacte un libro propio para *Terminator 2: El juicio final* (1991), la secuela que un sector del *fandom* considera incluso superior a la ópera prima de 1984.